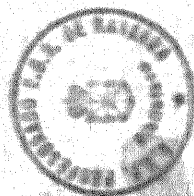
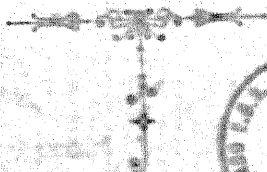


LOS PRIMEROS CRISTIANOS
DE
POMPEIOPOLIS

LEYENDA DE SAN FERMIN

POR

EL DOCTOR LANDA



1882.

PAMPLONA

IMPRENTA DE JOAQUIN LORDA
Miradores, 16.

93

50-03

LOS PRIMEROS CRISTIANOS

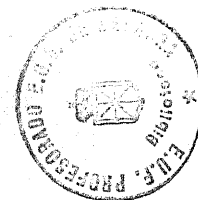
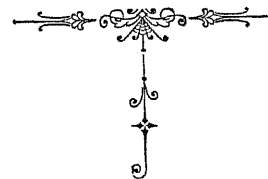
DE

POMPEIOPOLIS

LEYENDA DE SAN FERMIN

FOR

EL DOCTOR LANDA.



1882.

PAMPLONA.

IMPRESA DE JOAQUIN LORDA.

Mercaderes, 19.



A LA SEÑORA

Doña María de los Dolores de Leon
DE LANDA.

Accepta esta obra que tú inspiraste.

NICASIO.



PRÓLOGO.

Huera de las funciones religiosas con que la M. N. M. L. y M. H. ciudad de Pamplona ha conmemorado siempre en el aniversario de su glorioso hijo SAN FERMIN el fausto suceso de su redencion del Paganismo, bastaron hasta hace poco las corridas de toros para servir de público festejo en solemnidad tan grande. Pero acreciendo de dia en dia, el número de los que consideran tales espectáculos, como reproduccion absurda de los del Romano Circo, vino despues á constituir la mayor atraccion de las fiestas de Julio, el concurso del

II

arte musical magistralmente interpretado en los conciertos de Santa Cecilia realizados por el mágico violín de Sarasate, por los Gayarre, Guelbenzu, Zabalza y toda la brillante pléyade de artistas de primer orden nacidos en Navarra.

Hoy ya el instinto público pide aún más en ese camino, y como todas las Musas son hermanas, se quiere este año que las Letras y la Poesía Euskaras y Castellanas tomen parte en el certámen. Palmaria prueba de no ser Pamplona refractaria á la ley del progreso y de que sus representantes quieren mantenerla al nivel de las más cultas poblaciones de Europa.

Creyendo que ese llamamiento obliga á cuantos hijos de Navarra siguen, con mayor ó menor fortuna, la vocación poética ó literaria, he escrito esta leyenda para corresponder al 3.º de los temas del Certámen abierto por el Excmo. Ayuntamiento de mi ciudad natal, si bien la dejo fuera de concurso, al saber que tendré la honra de ser uno de los Jueces que han de adjudicar el lauro.

Al escribirla me he ceñido á la verdad histórica siguiendo estrictamente el relato que contienen las *Actas sinceras de los Santos Saturnino, Honesto y Fermín* de la Biblioteca Ricardiana de Florencia y de las *Actas de San Fermín* por Bosquet y los Bollandistas, segun las presenta el Pbro. Don Miguel Joseph de Maceda en su libro escrito en Bolonia é impreso en Madrid en 1798, de que hay en Pamplona muchos ejemplares.

No he tratado de dilucidar la cuestion que ese autor debate, sobre si dichas actas se refieren al I ó al III siglo, aunque podrá deducirse que adopto

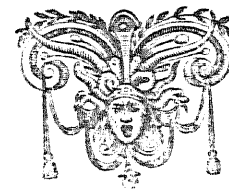
III

la primera hipótesis. Las referencias que hago de antigüedades romanas de esta ciudad son exactas y comprenden cuantas se han encontrado hasta ahora de que hay noticia. En lo demás he dejado correr la imaginacion, mas no á rienda suelta sino ajustando todos los detalles de la vida romana á los muchos documentos que nos quedan de Pompeya y Herculano, á los Diccionarios de Rich y de Theil y al libro de Garat por lo que á los antiguos Vascones se refiere.

Ojalá que esta leyenda contribuya á acreditar más y más el amor y veneracion que los hijos de Pamplona sienten por su glorioso paisano SAN FERMIN, el primer cristiano de Pompeiopolis.

Pamplona 24 de Junio de 1882.

Nicasio de Landa.





LOS PRIMEROS CRISTIANOS DE POMPEIOPOLIS.

I

LAS THERMAS DE POMPEYO.

Erase un día de los más calurosos del mes de Julio en la ciudad de Pompelo ó Pompeiopolis, una de las de la España Tarraconense y capital de la region de los Vascones al septentrion de la Jacetania.

Aunque esta ciudad favorecida de Pompeyo Magno y sus hijos, se vió despues de las rotas de Farsalia y de Munda huérfana de sus patrones, mientras que el de Cesarea Augusta (Zaragoza) su vecina triunfaba como Señor del Universo, todavía conservaba restos importantes de su anterior grandeza y las aspiraciones que por mucho tiempo vió alhagadas con la esperanza del triunfo.

Tampoco habia renegado de sus protectores y aun cuando la suerte de las armas les fué adversa, pudo decir como Caton poniéndose orgullosamente al lado del vencido *Vietrix causa Diis placuit, sed vieta Catoni*. Levantado espíritu y noble fiereza que persiste en esa ciudad á través de los siglos.

En el edificio de sus Thermas, situado donde es hoy la calle de la Curia, no tan grandioso ciertamente como los de Diocleciano ó de Caracalla en Roma, pero si tan

bueno como en Pompeya y otras capitales de provincia, se reunían á pasar las horas más calurosas del día los habitantes principales de Pompeópolis y la juventud de sus Familias Patricias. Después de pasar por el *atrium* anchuroso patio con su abertura superior (*impluvium*) que correspondía á un estanque en el suelo (*compluvium*) en cuyo derredor había bancos de piedra donde esperaban sentados los esclavos y los clientes pobres, pasemos al *apodyterium* donde se desnudaban los bañistas dejando sus ropas al cuidado de los empleados de las *Thermas* quedando envueltos tan solo en blanca sábana (*pallium*) que llevaban con el embozo terciado según á los oradores lo aconseja Quintiliano para darse aire más esbelto y majestuoso (*brachium veste continere.*)

Era ese *apodyterium* un vasto salón cuadrilongo de mármol, cuyo pavimento de mosaico menudo (*pavimentum vermiculatum*) de cuadraditos de un centímetro por lado formaba con negro y rojo líneas curvas sobre fondo blanco. Destacábase en el centro un precioso medallón que con piedras de todos colores representaba un artístico grupo de dos gladiadores luchando en el momento en que uno hace sucumbir al otro. En los ángulos se dibujaban en negro tritones y caballos marinos y todo al rededor corría una orla formando muros, puertas y torreones, queriendo imitar, acaso, al pavimento mosaico que en el templo de Romulo y Remo, en Roma, representaba el plano de la Ciudad por antonomasia. En uno de los testeros se ostentaba sobre un zócalo de mármol el busto del fundador de las *Thermas*, del gran Cneo Pompeyo. (1) Los mu-

(1) En el pórtico y la escalera de la casa de la Ciudad de Pamplona pueden verse hoy dos trozos de ese mosaico que representan el uno un caballo marino y el otro un muro con puerta y torreón, ámbos se encontraron hacia la mitad de la calle de la Curia en Octubre de 1856. Recientemente en el verano de 1880 al derribar una de las casas de dicha calle se volvió á encontrar ese mosaico y excavando en toda la anchura de la calle se sacó el precioso medallón de los gladiadores, otros caballos marinos, jarrones y orla de muros que se conservan en el Vínculo, mientras llega ocasión de restaurar por completo el mosaico. El temor de arruinar las casas detuvo las excavaciones, á pesar de que los restos de ese grandioso edificio se prolongan hacia la calle de la Compañía: hay indicios de que fué destruido por el fuego y debajo de la casa del Sr. Rota se encontró ha muchos años una cabeza de mármol que se ha perdido.

ros estaban pintados con paisajes y una *teoria* de delfines y monstruos marinos corría á lo largo de la cornisa. En el fondo se abrían dos puertas con jambas de mármol, una de las cuales conducía al *tepidarium* ó baños calientes y la otra al *frigidarium* ó de agua fría. Contiguo pero con entrada independiente se hallaba el baño de las Señoras.

En ese vasto y lujoso salón del *apodyterium* se filtraba tenue la luz por una abertura del techo cerrada con cristales irisados, y se sentía una grata sensación de frescura.

Juntábanse allí al mediodía como hoy lo hacen en los Casinos, los principales ciudadanos Pompeionenses: desnudos algunos y envueltos en su blanco *pallium* hacían tiempo para penetrar en el *frigidarium*: otros en el mismo traje salían del *tepidarium*, mientras que los que ya se habían bañado y vestido descansaban en aquella sala que hacia las veces de la *exedra* de las *Thermas* romanas donde se escuchaba declamar á los poetas y disertar á los retóricos.

El Edil Fortunato que paseaba con su colega Faustino envueltos ámbos en sus togas *pretexias*, esto es adornadas con la franja de púrpura símbolo de su alta dignidad, se cruzó con uno de los jefes de la guarnición romana, el Centurion Claudio Torcuato, quien había dejado el casco pero llevaba la loriga esmaltada con cinco *fuleras* (medallas de plata con el busto de los Emperadores) ganadas en remotas campañas y traía en la mano la vara de sarmiento (*vitis*) con que podía castigar á sus soldados.

No os quejareis hoy del frío, amigo Torcuato, dijo el edil al veterano; pues ni el agro Romano ni los verdes collados de Campania estarán más favorecidos de los rayos de Febo que lo es ahora la ciudad de Pompeyo.

Voto á Hércules (*Me Hercle*) respondió el guerrero siguiendo su costumbre de jurar, que no teneis aquí término medio: pocos meses há que la nieve que coronaba la vecina montaña de Sansueña (*hoy Ansoain*) me hacia recordar el Chersoneso Cimbrico, y ahora creo haber vuelto á la Mauritana Tingitana donde más bajas causaron

en nuestras legiones las saetas de Apolo, que las de los bárbaros Numidás de Jugurta.

—Así conviene al campo, dijo Faustino: así los horreos (graneros) particulares y públicos se están llenando con la dorada espiga y el aspecto de los viñedos promete que por Octubre no ha de faltar trabajo á los *torcularios* (los que prensan la uva.)

—Ceres y Baco os prodigan sus dones, dijo acercándose al respetable grupo el Flamen (sacerdote) de Diana que hasta entónces paseaba solitario, envuelto en su blanca capa (*lana*) sujeta al cuello por dorado broche, cubierta la cabeza con el *apex* (gorro que termina en borla) y llevando en la mano una rama de laurel. Bien debierais, ediles de Pompelo dar gracias á los Dioses con un sacrificio en el templo de la casta Artemis, ya que ni la madre de Proserpina ni el hijo de Semele tienen templos en vuestra Ciudad.

—Perdonad, repuso el Centurion, pero creo que no son templos á Baco los que aquí faltan, ni cesan en ellos las libaciones en honor del Dios que salió del muslo de Júpiter para alegría de los mortales.

—Querrás, oh Flamen, dijo el Edil Fortunato, que sacrificuemos en aras de tu Diosa dos toros blancos, pero mira que no es fácil encontrarlos.

—No son toros los que os pide la hermana de Apolo, la hija de Latona, otro sacrificio más grato podeis hacerle, ediles de Pompelo y es el de no consentir que su divinidad sea insultada por los sectarios del Cristo. Ya Honesto ultrajó públicamente á los Dioses inmortales, llamándoles demonios y perturbando con escándalo su culto, y á pesar de nuestras quejas al Presidente Firmo, él ha conquistado en esta Ciudad atrevidos secuaces y ahora trae de las Galias á otro hombre funesto llamado Saturnino que allí ha ganado triste celebridad como agitador de la plebe contra los Dioses del Imperio. ¡Ediles de Pompelo, no permitais que esos ateos puedan aquí blasfemar impunemente!

Y dicho esto se marchó el Flamen sin aguardar respuesta de los Ediles que asombrados le escuchaban.

En tanto se oían alegres carcajadas en otro grupo de jóvenes que envueltos en sábanas salían saltando del *tepidarium* para volver á tomar sus vestiduras.—Donde se ha quedado Firmino? decían—Aquí estoy; respondió un gallardo joven de fornida musculatura y tez morena que salía del *frigidarium*, donde habia recibido una aspersión de agua fria—qué me quereis?

—Contame contigo para un partido de pelota que vamos á jugar en la *spheristeria*—respondió el hijo del Pretor Labieno.

—Pues buscad otro, porque yo no juego.—

—Pero qué te pasa Firmino! no eres ya aquel que ántes se hallaba siempre dispuesto á tomar parte así en los festines, como en las luchas de la *palestra* y en las carreras del *stadium* pudiendo aspirar á la palma en los juegos Olímpicos.

—Y como aquí no te se conocen amorios, dijo el joven Publicola, es de creer que durante tu permanencia en las montañas te hayas prendado de alguna beldad salvaje.

—Cómo! exclamó el romano Flavio Maximiano, tú has vivido entre las bárbaras tribus que habitan las montañas impenetrables de Vasconia! Dime algo de ellas, pues como viajero me interesa en alto grado. ¿Es verdad que aquí los hijos degüellan á sus Padres cuando son ancianos para evitarles las miserias de la senectud? ¿Es verdad que sus feroces festines en que se hartan de machos cabrios, suelen terminar con el suicidio de los comensales? ¿Es verdad que maltratan á sus mujeres obligándolas á ejecutar los trabajos más rudos? ¿Es verdad que carecen de toda religion?—

—Y es verdad, Flavio, que des crédito á patrañas tales? repuso Firmino:—¡Decir que degüellan á los viejos, allí donde no se admite otra superioridad que la de los cabellos blancos: allí donde no se reconoce ni Rey, ni César, pero donde se obedece al Consejo de los 12 más ancianos de la tribu! ¡Qué se suicidan los Vascones! No en los fes-

tines, sino en las últimas trincheras del monte Edulo fué donde se mataron nuestros Abuelos, porque quisieron ántes la muerte que rendirse esclavos! ¡Decir que no tienen Religion! Búrlese en efecto de esos Dioses que vosotros romanos habeis tomado de las viejas supersticiones del Egipto y de la Grecia, pero guardan incólume la luz de la Religion natural que los Patriarcas sacaron del Paraíso, y en las noches espléndidas del Plenilunio, en templos que tienen por columnas millares de seculares robles y por bóveda el firmamento tachonado de estrellas, alzan su espíritu al Dios único, al Dios sin nombre...

Esto hacen, esos á quienes llamas bárbaros, y si tal es la idea que del generoso pueblo Vascon se tiene en esa Roma que pretende ser emporio del saber y de las letras, triste la formaremos de vuestros sábios que no han adelantado mucho desde aquel Strabon que llamaba *dementes* á nuestros antepasados porque resistieron á vuestras Legiones.

—Que al cabo los domaron, dijo resentido Flavio y repitió el verso de Horacio

Cantaber será domitus catena

Cantabrum indoctum juga ferre nostra—

—No es juez del valor de los Vascos ese poeta adulator de Mecenas que huyó cobardemente en la batalla de Filipas, perdiendo hasta la rodela.

—Enterado estás de nuestros geógrafos y poetas—

—Más que ellos de nosotros; entiéndelo bien, Flavio; si hoy formamos parte del Romano Imperio, no es por la fuerza de vuestras armas, sino por el tratado de paz que nuestros jefes Lekobide y Uchin Tamaño celebraron con el César Octaviano, quien haciendo justicia al valor y lealtad de los Cantabros, no quiso fiar á otros que á ellos la guarda de su persona: y á fé que su confianza no quedó desmentida, porque aqui sólo de una cosa podemos ser esclavos y esa es nuestra palabra.

—Eso creen los Vascones, dijo riendo Flavio.

—No es que lo creen, es que lo saben, contestó Firmino. Sin necesidad de penetrar en las montañas puedes en los suburbios de Pompeópolis oír cantar á los niños en

el himno de *Lebo, Lebo ill Zara* el suceso de nuestra union á Roma, pero tambien les oirás cantar en el himno de Annibal, la gloria adquirida por los Cantabros auxiliares del gran Capitan Cartaginés cuando en Cannas hicieron desfilar bajo el yugo á las orgullosas legiones de Roma con sus tribunos y sus águilas.—

Al oír este oprobioso recuerdo Flavio Maximiano se levantó pálido y convulso: Firmino se alzó tambien clavando en el patricio romano su serena mirada y todos los que paseaban en el *apodyterium* se acercaron para evitar un lance, cuando oportunamente les distrajo el hijo de Labieno diciendo:—Basta de politica—Ved que llega la litera de la hermosa Julia; salgamos á recibirla cual merece.

Y en efecto fuéronse todos menos Firmino, al peristilo, apresurándose á dar la mano á la beldad más notable de Pompeópolis, á la hija del rico banquero Jucundus (1) que bajó de su litera con aire de diosa, envuelta en su *peplum* de púrpura, cubierto de collares de perlas su moribundo seno y de brazaletes de oro sus brazos desnudos asi como los pies calzados con doradas sandalias.

—Eres siempre tan bella, la dijo Flavio, como Venus al salir de las ondas!

—No, pues que es ahora cuando voy á entrar en ellas, guarda tu cumplido para mi salida del baño, dijo Julia riendo para lucir entre labios de coral dientes de perlas.

—Preciosos *moniles* (collares) traes, dignos de adornar ese cuello de alabastro, la dijo el jóven pintor Cesareo.

—Pues otro mejor, un torques de oro como los llevan los Gaulas, perdí ayer en el paseo. (2)

—Dichoso quien lo encuentre, no por ser de oro, sino por ser tuyo, exclamó el jóven patricio Fortunio.

—Pues si lo hallas tú, guardalo en recuerdo mio; dijo la hermosa.

—Te veremos esta tarde en el teatro? la preguntó Oc-

(1) Es en la Pompeya de Nápoles donde se ha encontrado la casa y los libros de caja del banquero Jucundus.

(2) El Excmo. Sr. Conde de Ezpeleta posee en su rica coleccion un torques de oro, encontrado en la vuelta de Barañain.

tavio, ¿que dices de la compañía de Mimos (bufos) que nos ha traído Pilades?

—Me parece que sus farsas son bastante indecentes.—

—Pero muy entretenidas, repuso Publicola, y como no hay otra diversion en esta Ciudad..... sin embargo, puedo anunciaros que se preparan espectáculos en el Circo. Se ha propuesto á nuestros ediles la compra de un hermoso tigre de Hircania, con lo que trayendo algunos toros podremos tener lucha de fieras. Dicesse tambien que vienen á trabajar aqui los gladiadores del lanista Burbo que tan aplaudidos son en Calagurris.

—Convécete amigo Flavio, á pesar de tus lamentaciones, que no es éste un destierro como el del Ponto Euxino, sino una pequeña Roma, dijo la hermosa Julia y entró en las *thermas* seguida de sus esclavas, mientras los jóvenes se fueron á la *spheristeria*.

II.

LA CASA DE FIRMO.

La ciudad de Pompelo, ocupaba entónces mucha más estension de la que hoy tiene, y aun se cree que llegara hasta más alla de Villava, por haberse encontrado en término de Arre las dos inscripciones en bronce en que renuevan su amistad con la República] Pompelonense las familias de Publio Sempronio, Taurino Damnitano y Lucio Pompeyo. Pretendia estar asentada como Roma sobre siete colinas y en la más elevada de ellas (donde está hoy la Catedral) se alzaba el Capitolio.

Los barrios extremos ó suburbios muy extensos eran de casas pequeñas ó tugurios donde vivía la gente artesana y los labradores con sus ganados y rebaños: allí se hablaba mucho la lengua euskara pero en los barrios céntricos donde se hablaba latin la edificacion era más suntuosa. Las casas principales se habian construido con-

forme á las reglas de Vitruvio algo modificadas á las exigencias del clima frio que no consentia en la mayor parte del año la vida al aire libre como en las cercanias del Pausilipo.

La casa del presidente del Senado Firmo adonde vamos á llevar á nuestros lectores, era una de las más grandiosas y muy parecida á la del Edil Pansa que aun hoy puede verse en las ruinas de la otra Pompeya que con Herculano quedó sepultada bajo las cenizas del Vesuvio.

Abierta la puerta (*ostium*) y pasando un pequeño vestibulo (*prothinum*) en cuyo pavimento la palabra SALVE trazada con piedrecitas negras sobre fondo blanco para dar la bienvenida al forastero como hoy encontramos al entrar en algunos hoteles ingleses grabada la palabra *Welleome*, se pasaba al *atrium* ó patio más largo que ancho con su estanque (*impluvium*) en el centro para recoger las aguas llovedizas, y en cuyos dos lados mayores se abrían las puertas de cinco *cubicula* ó pequeños aposentos dormitorios.

Atravesando el *atrium* y frente á la puerta de entrada habia otro vestibulo (*tablinum*) con pavimento de mosaico y muros revestidos de pintura brillante; en el fondo se abria la puerta del *peristilium*, segundo patio más grande que el primero con claustro ó galeria abierta en sus cuatro lados sostenido por columnas jónicas y en cuyo centro se veía una *piscina* ó estanque con una roca de conchas y cascajo rodeadas de plantas acuáticas. Las paredes estaban cubiertas de pinturas y á un lado se abria el *triclinium* (comedor) y al otro la *pinacoteca* (libreria) donde el Edil tenia su despacho. En el piso superior habia otras *cubicula* ó habitaciones para los sirvientes y detrás se hallaban la *cripta* la cocina y demás dependencias del servicio teniendo por último una puerta reservada (*posticum*).

En el *peristilium* era donde durante el verano vivía la familia, como hoy lo hacen en sus patios las de Andalucía, así que allí es donde encontramos sentada en un taburete (*sella*) á la matrona Eugenia que con la rueca en la cin-

tura *versabat pollice fusum* como dice Tibulo, esto es hilaba atendiendo á sus hijos menores Fausto y Eusebia que jugaban á las muñecas junto á la piscina, mientras su esposo Firmo con semblante pensativo y las manos cruzadas á la espalda paseaba á lo largo de la galería.

—Muy disgustado me tiene Firmino, dijo parándose ante su mujer; por mis colegas Fortunato y Faustino sé que hoy ha tenido en las *thermas* una reyerta con ese Flavio Maximiano en que han estado á pique de llegar á las manos.

—Pobre hijo mio, le habrán provocado, dijo la Madre que escuchaba ansiosa sin dejar de hilar.—

—Tambien yo lo creo así y aun me han dicho que nuestro hijo se ha espresado muy bien en defensa del pueblo Vascon, pero al mismo tiempo ha hablado contra el Imperio y contra los Dioses, y como Flavio puede influir tanto en el ánimo del Proconsul, pudiera traernos su enojo algun disgusto.

—Y qué necesidad tenemos nosotros de la benevolencia del Proconsul ni aun de la del Cesar! Ellos son los que á ti te necesitan para ese cargo de Presidente del Senado, sin el cual vivirías más tranquilo y cuidando mejor de tu hacienda.

—Bien sabes, cara Eugenia mia, que no lo he aceptado por servir al Cesar, sino por bien de la Ciudad en que nacieron y murieron mis abuelos: pero es preciso que Firmino modere sus ímpetus y no me comprometa ante los Romanos. Por cierto que no comprendo á ese muchacho de algun tiempo á esta parte: anda abstraído y ensimismado: nada me pide ya para sus gastos ó diversiones.

—Tranquilízate, carísimo Firmo, mis ojos de Madre observaron ya ese cambio que data desde que por consejo del sábio Asclepiade Rufino, fué á la montaña para convalecer de aquella súbita enfermedad que estuvo á pique de robarlo á nuestro cariño. Volvió robustecido de cuerpo, pero su espíritu no satisfecho por los poetas ni los retóricos que le diste por maestros, siente un vacío inmenso, él me lo ha confesado, y aspira con afán á la posesion de

la Verdad, que ha llegado á entrever en el culto que al Dios único tributan nuestros hermanos de las montañas. Yo espero que hallará la paz de su alma, cuando oiga la palabra del apóstol Saturnino quien segun me han avisado debe llegar mañana.

—¡Qué viene mañana Saturnino! pues he ahí otro compromiso: harto será que no ocurra algun alboroto entre la plebe.

—Pero recuerda, Firmo, que tú mismo autorizaste á Honesto para que nos lo trajera.

—Es verdad que aquel dia en que ibamos en corporacion á dar gracias á Júpiter Capitolino por el recobro de la salud de nuestro augusto Emperador, nos afeó tanto ese buen Honesto aquel sacrificio, que le dije podia traer á su Maestro para que nos explicara esa nueva Doctrina. Dícese además que ese Saturnino es hombre extraordinario que opera prodigios.

—Espero que los has de ver en ti mismo, pues tu alma se halla preparada para oír la buena nueva. Por consejo de Honesto te pedí que desaparecieran de esta casa las imágenes del demonio que teniamos en los dioses lares y los penates y tú me dejaste quitar los de esa ara. (1) Te pedí tambien que dieras libertad á nuestros esclavos que son hermanos nuestros y tú los has manumitido á todos. Gracias, carísimo Firmo, por todo esto que me hace esperar que nuestra union no concluya con la vida sino que se prolongue por una feliz eternidad.

—Pero qué lenguaje empleas! Eres ya cristiana?

—Lo soy de todo corazon, gracias al venerable Honesto, pero aun no he recibido el bautismo, porque espero.... que lo recibamos juntos.... dijo á media voz Eugenia abrazando á su esposo é imprimiendo un ósculo en su barba plateada.

(1) En la calle del Cármen se encontró hace años un pequeño ídolo de bronce que debía ser uno de los dioses lares que se adoraban en el interior de las casas. otro idolillo de esa especie posee el Excmo. Sr. Conde de Ezpeleta y ha pocos dias (Junio 1892) se ha encontrado al excavar un sótano de la casa núm. 14 del Paseo de Valencia un carnerito de bronce de la época romana que podrá representar á Júpiter Ammon.

III

EL TEMPLO DE DIANA.

En el lugar que hoy ocupa la iglesia de San Cernin se alzaba entónces el templo de Diana cuya dorada cúpula brillaba entre un bosque de sombríos cipreses consagrado á los misterios de aquella divinidad. Grande era la veneracion en que lo tenian los paganos Pompelonenses y mucha la fama de los oráculos que allí daba la Diosa á quien consultaban para todos los actos importantes de la vida.

Junto á ese bosque se extendía una planicie con alto escarpe sobre el rio, en la cual se celebraba el mercado de ganados, y en el dia siguiente á que en el capitulo anterior nos referiamos veíase allí extraordinaria concurrencia. La estensa llanura era un campamento de aquellos montañeses Vascos que los Romanos tenian por Bárbaros, y bien lo parecian con las largas quedejas que caian lacias á los lados de su atezado rostro: vestidos de pieles, con el hacha colgada en la cintura y la *makila* en la mano: calzados con la *carbatina* que era, una piel sujeta con correas que subian cruzando hasta media pierna, exactamente igual á la abarca que hoy usan todavia.

La mayor parte de ellos tenian bajo los brazos corderillos vivos que ofrecian á los compradores de la ciudad. Otros los traian muertos y desollados colgando de un palo. Algunos habian traído manadas de caballos salvajes de la raza montañesa de pequeña alzada y largas crines que indómitos y marcados á veces en la grupa por los dientes del lobo, eran examinados por los jóvenes patricios [que buscaban entre ellos *quadrigas* ó troncos de cuatro iguales para sus *curriculi* (coches).

A fin de acreditar sus cualidades corredoras veíase á cada momento salir disparado al galope uno de esos caballos montado en pelo por algun muchacho montañés que agarrado á las crines lo aguijaba con sus talones des-

nudos escitando la algazara y clamoreo de los transeuntes y feriantes á quienes atropellaba en su carrera.

Más tranquilos estaban los que habian traído bueyes ya habituados al yugo que eran examinados por los labradores de la ciudad, pero tambien aquí se suscitaban apuestas cuando las parejas de bueyes se ponian á arrastrar una enorme losa que al efecto habia perforada para poder sujetarla al yugo con un cable: estos ejercicios de fuerza atraían mucha concurrencia y se celebraba el triunfo con grandes aclamaciones de los gananciosos en la apuesta.

Un tanto alejados de este tumulto se habían colocado en una pequeña colina (la del Consejo) centenares de montañesas que en cestas de mimbre ofrecian á las siervas de Pompeópolis, huevos, pollos y gallinas. Cerca de ellas se veían tambien sentadas en larga fila y apiñadas unas junto á otras cual tímido rebaño, cuadrillas de jóvenes montañesas, de tez moreno mate y ojos azules de expresion serena, cuya cabellera caía en largas trenzas sobre su espalda: vestidas con blancas túnicas de lino, descalzas de pié y pierna, todas estaban armadas de brillantes hoces, semejantes á otras tantas *Velledas* ó virgenes profetisas de Germania. Ellas bajaban de sus montañas para segar las mieses de la tierra llana y los labradores ricos de las cercanias y los mayordomos *dispensatores* de las familias patricias ajustaban sus servicios por cuadrillas. Aunque no con igual objeto, andaban cerca de este grupo algunos legionarios romanos luciendo sus brillantes *galeas*, requebrando en latin á las segadoras que no entendiéndoles palabra, les increpaban en su lengua Ibérica de que á su vez se quedaban ellos en ayunas.

En diversas partes del campo de la feria, el humo de las hogueras y el olor penetrante del aceite que hervia en grandes calderos, señalaba los puestos de los vendedores de comestibles (*tabernæ deversoriæ*) donde se freían buñuelos *crustulæ* de harina con miel y queso (*tyrobotina*) siempre rodeados de muchachos así de la ciudad como del campo.

Entre el continuo rumor de aquella barahunda de voces y gritos y relinchos se destacaba á veces la trompeta del *præco* óregonero municipal que con voz estentórea anunciaba los espectáculos públicos con la advertencia para los que temieran el calor, de que se regaría el local y habria tóldo, *sparsiones, vela erunt*: en el fondo se escuchaba la música dulce de una *vasca tibia* cuyos sonidos alegraban el corazon de las montañesas.

De súbito se oyó crecer la gritería atropellándose el gentío sobre el limite de la meseta (donde hoy es el Hospital Provincial). Lo que así escitaba la curiosidad de todos, era una caravana de montañeses que subía por el barranco (hoy cuesta de Santo Domingo) escoltando á un hombre cuya larga cabellera rubia tendida hasta los hombros indicaba su naci6n Gaula. Vestía blanca túnica que hasta los piés le caía (*túnica talaris*) al estilo Ateniese que nunca los Romanos adoptaron, y sus piés iban calzados con sandalias abiertas. Lo extraño de este traje, la noble apostura de quien lo llevaba y más que todo la serena expresion de su semblante y la dulzura de su mirada que penetraba las pupilas de cuantos hallaba al paso, predisponían en favor suyo y anunciaban en él, algo de extraordinario.

Como á su lado venía apoyado en su báculo el anciano Honesto muy conocido ya en Pompelo, desde luego se oyó decir en los grupos —«Es el Apóstol del Cristo—Es Saturnino.»—

—Yo soy, respondió el extranjero, que al llegar á la altura saludó á la muchedumbre diciendo—la paz sea con vosotros—y fué á sentarse bajo la sombra de un terebinto secular que allí extendía su follaje. Pronto le rodearon los niños á quienes acariciaba y Honesto le dijo.

—Saturnino, estás ya entre los ciudadanos de Pompeiopolis que desean oír de tus labios aquellas palabras de vida eterna que el bienaventurado apóstol Pedro te transmitió como las habia escuchado de nuestro divino Maestro el Salvador Jesús—Sí, sí, que nos hable—escla-

mó propicia la muchedumbre y un silencio religioso sucedió al rumor de ántes.

Alzóse ent6nces el apóstol, destacándose sus blancas vestiduras sobre el oscuro tronco del terebinto cuyo frondoso follaje le servía de dosel, y con voz dulce y penetrante empezó diciendo.—Venid todos los que estais atribulados y Cristo os consolará.—Y desarrollando el tema sublime del serm6n de la montaña, les hizo ver que la religion cristiana, era la religion de amor, refugio y consuelo de cuantos sufren, y todos aquellos oprimidos por la esclavitud y la miseria, todos aquellos siervos que tenían marcadas en sus tobillos las cadenas de la *ergastula* (mazmorra para los esclavos) y en sus espaldas el látigo cruel (*Flagrum eimbriatum*) escucharon con avidez la esperanza de otra vida donde se vieran indemnizados de tanto dolor y sufrimiento. Y al escuchar las bienaventuranzas en que bendice Jesús á los que padecen hambre y sed de justicia, conmoviéronse tambien los espíritus ilustrados que no la encontraban en la desp6tica organizacion de la sociedad pagana, y entre estos se veía en primera linea transfigurado por el entusiasmo á Firmino el hijo de Firmo. Así que cuando concluyó afirmando que todos, patricios y esclavos, eran hermanos é hijos de un solo Dios verdadero; cuando con voz enérgica recordó á los ricos el deber que tienen de socorrer á sus hermanos necesitados, explicando la parabola de Lázaro y el rico avariento una aclamacion universal, espontánea, irresistible, subió de todas las almas á todos los lábios, clamando—Sí, sí, el Cristo es hijo de Dios, queremos ser Cristianos!—

—Pues hágase segun vuestra fê—dijo el Apóstol: despojaos del hombre viejo: venid á renacer á nueva vida en las ondas purificantes del Bautismo, y se encaminó hácia un hermoso pozo de agua viva que brillaba entre el próximo bosque de cipreses. (1)

Pero al llegar á él, se interpuso el Flamen que vimos en las Thermas, diciendo.—Apártate impostor; no profanes

(1) A la entrada de la calle Mayor frente á S. Cernán, está señalado con una lápida el lugar que ocupó este pozo.

este recinto consagrado á la Diosa Diana, si no quieres que Júpiter tonante te aniquile con sus rayos vengadores.

—Ya lo ois, Pompeionenses, dijo Saturnino volviéndose al pueblo que le seguía,—el demonio quiere cerrar el paso al hijo de Dios: la mentira quiere ahogar á la verdad; escojed entre el Cristo y Belial.

Esta vez no se trataba del pueblo judío que prefirió Barrabás á Jesús: el pueblo de Pamplona y más especialmente los montañeses hicieron irrupcion por todo el bosque sagrado, y comenzaron á caer por tierra los cipreses al golpe de las hachas que blandian cien robustos brazos. En breves instantes quedó arrasado el bosque entre inmensos clamores y las turbas invadieron el templo de Diana cuyas puertas habian caido tambien á los golpes furibundos del hacha y de los arietes improvisados con los árboles. Pronto la broncea estatua de la Diosa se estrelló en pedazos sobre el pavimento de mármol, pero al abrirse detrás del abside el *adytum* ó cámara secreta del templo donde solo los sacerdotes penetraban; al descubrirse allí todos los aparatos que servían para las supersticiones de los oráculos tan famosos, y sobre todo al oír á la infeliz jóven que allí tenían encerrada los sacerdotes para que hiciera de pitonisa, referir los tormentos que habia sufrido con las drogas venenosas que la forzaban á tomar á fin de que apareciera convulsa sobre el tripode, (1) entónces fueron ya las mujeres las que prorumpiendo en gritos de horror acabaron de arrasar el templo, clamando venganza contra los Flamines y sus sirvientes que habian buscado ya la salvacion en la fuga.

Mientras esta conmocion popular se verificaba el apóstol Saturnino que ni podia impedirlo, ni queria escitarlo, estaba junto al pozo con los brazos abiertos y la vista fija en el cielo, rogando á Dios para que todo redundara en gloria suya y Honesto de rodillas á su lado elevaba fervientes preces por su grey.

(1) Lucano en su Farsalia (v. 145—161) dice pintando el terror de una de esas Sacerdotistas para penetrar en el camarín secreto; *pavens adyti penetrale remoti fatidicum*.

IV.

CRISTO VENCE, CRISTO REINA.

El estrépito de la asonada habia hecho cundir el temor y la alarma por todos los ámbitos de Pompeópolis, y mientras en los barrios céntricos se cerraban con estrépito las puertas de las casas entre el angustioso clamoreo de las mujeres, de los barrios estremos y suburbios salían á bandadas los hombres del pueblo corriendo en armas al lugar del tumulto.

Pero pronto pudieron escuchar los amotinados, el terrifico clangor de las trompas militares y vieron avanzar magestuosamente la cohorte de los legionarios romanos en cuyos cascos y lorigas y lanzas reverberaba el sol á destellos, como en las escamas de una serpiente colosal.

Al llegar á tiro de ballesta la cohorte hizo alto á la voz de sus jefes y formó en orden de batalla, mientras quedos *turmas* de caballería que venían á retaguardia pasaban al galope por uno y otro lado para formar las dos alas.

Imponente era el aspecto de la hueste romana. Delante los velites ó cazadores, con el escudo redondo (*parma*) y la espada corta española (*gladius hispanicus*): detrás la doble fila de *hastarios* vestidos con la cota de mallas, quienes al enristrar sus enormes lanzas formaron una valla de hierro, tras de la cual formaban un muro de bronce los escudos y las lorigas y los cascos. En el centro se ostentaba á caballo el tribuno militar rodeado de los centuriones y á su lado el *aquilifero* vestido con una piel de leon cuya cabeza le servía de casco, sostenía enhiesta el águila dorada que sobre cinco coronas de metal era la insignia ó bandera de la cohorte.

Mas no bastó la presencia de estas tropas para arre-

drar á los insurrectos, sino que por el contrario se apercibieron al combate, erigiéndose en jefe de ellos Firmino que así arengaba en lengua euskara á los montañeses, como en latina á los ciudadanos.

Aprestándose á la defensa, improvisaron con los árboles caídos una enorme barricada que inutilizaba desde luego á la caballería del adversario: situáronse tras de ella unos cien montañeses armados con el hacha corta que traían en la cintura, mientras que los de la plebe Pompeionense ocupaban la próxima altura parapetándose en las ruinas del templo cuyas piedras se disponían á lanzar sobre la falanxe cuando esta se acercara. Los montañeses se escitaban al combate, lanzando el lugubre, prolongado alharido del *irrin* de guerra, que á los oídos de los legionarios sonaba cual ahullido temible de hambrientos lobos.

—Ya que los romanos no hacen nada, voy á dar la señal del combate lanzándoles mi hacha, dijo á Firmino el terrible Otsoa de la tribu de Aitorenea, dime á quien de esos dos que están á caballo se la hê de clavar en la frente. Elige el que quieras respondió el hijo de Firmo, que yo clavaré la mía en la del otro—y se disponían ámbos á ejecutar esa hazaña que estaban habituados á ejercitar en los árboles de los bosques y en la caza de las fieras dañinas, cuando Saturnino que los había oído se puso delante diciéndoles:

—Volved la espada á la vaina ó el hacha al cinturón, ¿Crecis que si Cristo quisiera ser defendido por las armas no enviaría legiones de Angeles con espadas flamígeras? El cristiano no acredita su valor matando sino muriendo.

—Pues muramos por Jesu-Cristo, dijo Firmino y repitieron todos, tirando al suelo sus hachas y cruzándose de brazos con fiero ademán.

Y en tanto la extensa línea de hierro y de bronce de la Cohorte Romana seguía acercándose cada vez más á la barricada de cipreses y los ginetes de las alas caracoleaban por los costados agitando al aire sus dardos arrojados. El encuentro era inminente, cuando se oyó por la

parte de la Ciudad, sonido de clarines y se vió descender del Capitolio y avanzar entre los dos campos con paso solemne y majestuoso al Senado Pompeionense precedido como los Cónsules de doce *lictores* con las haces y la segur al hombro, de los *Viatores* que abrían paso, de los *præcones* ó trompeteros, de los *Accensi*, *Scrības* y demás ministros de justicia.

El presidente Firmo envuelto en su toga franjeada de púrpura y con las medias lunas de oro en las sandalias se adelantó con severo aspecto é interpeló al Tribuno diciéndole—¿Con qué derecho amenazan tus pretorianos á los libres ciudadanos de Pompeópolis?

—Es, respondió el Tribuno, porque segun me han avisado los Flamines de Diana, tu pueblo se ha rebelado contra la autoridad de nuestro augusto Emperador.—

¡*Augusto feliciter!* (viva el Emperador) gritaron entonces los Centuriones y; ¡*Augusto feliciter!* repitieron con voz estentórea los Legionarios.

—No es verdad, dijo entonces Saturnino alzándose sobre la barricada, nadie niega aquí la autoridad del Emperador, porque nuestro Divino Maestro lo ha dicho, dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. ¡*Augusto feliciter!* decimos también nosotros.— ¡*Augusto feliciter!* clamaron á una voz los Ciudadanos.

—Si es así, como esas aclamaciones lo prueban, nada tengo que ver en vuestras cuestiones demésticas, dijo el Tribuno Militar, pero antes de que diera la orden de retirada á sus tropas escuchó la proclamación solemne de un acuerdo del Senado y Pueblo Pompeionense por el cual se declaraba lícito en la Ciudad el culto Cristiano.

Inmensas y entusiastas aclamaciones saludaron tan feliz desenlace y Saturnino rebotando en santa alegría, alzó de nuevo su voz glorificando al Señor con los versículos del cántico que Sidrach, Misach y Abdenago entonaban entre las llamas del horno de Babilonia, y dirigiéndose despues á la muchedumbre que le pedía el bautismo les dijo:

—No os lo podría dar hasta saberos instruidos en la

doctrina de nuestro divino Salvador, pero como todos vosotros habeis ofrecido por ella vuestras vidas hace pocos instantes, estais por la divina misericordia en la gracia de los Santos Mártires que recibieron con su sangre su bautismo, venid pues, todos á esta fuente de purificación, á este manantial de eterna vida, y alzando su brazo con una concha llena del agua lustral la derramó formando tres cruces sobre la primera cabeza que se presentó á recibirla que era la del jóven Firmino. A ella siguieron otras ciento y otras ciento.... y en los dias siguientes hasta once mil segun dice la crónica del Principe de Viana, hasta cuarenta mil segun las actas de Bosquet.

Asi la ciudad de Pompeyo fué cristiana, y cuando aquella noche se realizaron los anhelos de la matrona Eugenia al recibir el bautismo en su propia casa al mismo tiempo que su esposo Firmo, sus hijos y sus criados, pudo el venerable Honesto esclamar entusiasmado.

Cristus vincit, Cristus regnat, Cristus imperat.

EPÍLOGO.

Despues de tan brillante campaña en Pompeiopolis, volvió Saturnino á continuar su apostolado en las Galias y estando como Obispo al frente de la grey cristiana de Tolosa en Francia, donde hacia enmudecer con su presencia á los oráculos de los falsos Dioses, recibió la corona del martirio siendo atado á la cola de un toro que le arrastró por las gradas del Capitolio.

Honesto quedó como pastor de la nueva iglesia Pompeionense y el neófito Firmino fué su más eficaz colaborador en la propagacion del Evangelio á que se entregó con el más férvido entusiasmo; tanto que Honesto al ver que ya sus años no le permitian llevar por si solo la carga, le designó como sucesor suyo, enviándole á Tolosa para que el Obispo Honorato le confiriera la dignidad Episcopal.

Mas no se avino su fervor con ejercerla tranquilamente en Navarra donde ya estaban todos convertidos, sino que al saber que el Proconsul Valerio perseguia al Cristianismo en las Galias, dejó familia y patria y se fué allí á desafiar las iras del tirano, sufriendo valeroso la persecucion y las cárceles por propagar la Buena Nueva hasta que en Amiens se coronó su apostolado con las palmas del martirio, sellando con su sangre la fé que predicara.

Pamplona como Tolosa de Francia erigió un templo á la memoria de su apóstol Saturnino (Sadurni, Serni ó Cernin en provenzal) y otro á la de su glorioso hijo Firmín, el primer cristiano de Pompeiopolis, cuyo nombre viene siendo invocado y bendecido por las generaciones que han habitado esta Ciudad á través de los siglos.

